

El comercio exterior durante la década revolucionaria: Un acercamiento preliminar

Sandra Kuntz Ficker*

El propósito de este trabajo es realizar un primer acercamiento sistemático al análisis del comercio exterior de México durante la década de 1910. Tal objetivo se ha visto obstaculizado en el pasado por la escasez de fuentes cuantitativas de procedencia mexicana para los años de la revolución. Para suplir esta carencia, este artículo recurre a las estadísticas comerciales publicadas por los principales socios de México durante estos años (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia). A partir de esta información, y con base en una amplia bibliografía secundaria acerca del periodo, se analiza la evolución general del comercio, así como el comportamiento y la composición de las importaciones y las exportaciones a lo largo del periodo.

Introducción

En 1978 John Womack publicó un célebre ensayo en el que realizaba una crítica demoledora a la historiografía convencional que había sido incapaz de interpretar correctamente el impacto económico de la Revolución mexicana. Las imágenes usuales de destrucción y caos, de un trastocamiento radical en las relaciones económicas y de un nuevo comienzo que invertiría la secuencia y orientación del crecimiento económico desde afuera hacia adentro, parecían más derivadas de juicios preconcebidos que de la evidencia histórica. Prejuicios acerca de la interacción previsible entre guerra y economía, o sobre los resultados que son de esperarse de una revolución, para no hablar del prejuicio antiporfirista alimentado por el régimen revolucionario y del que por largo tiempo casi nadie pudo escapar, edificaron el andamio desde el cual varias generaciones observaron la revolución. Probablemente lo más grave acerca de estas explicaciones era su escaso recurso a la demostración empírica y al empleo de herramientas analíticas apropiadas, pues, como también observara Womack, las respuestas a las cuestiones sustanciales sobre el tema "no se obtienen en la historia sino en la teoría".

El artículo de Womack contenía también algunas intuiciones sorprendentes e hipótesis sugestivas que de una forma u otra han acompañado la investigación sobre el tema en los últimos 20 años. Aunque la deseada síntesis interpretativa sobre el impacto económico de la revolución aún no se ha producido, enfoques novedosos, armados de una cuantiosa evidencia empírica y de mejores instrumentos de análisis, han profundizado en diversas áreas de la actividad económica durante ese periodo. Gracias a ellos sabemos ahora que, tal como lo sospechaba Womack, la guerra civil que estalló a fines de 1910 afectó de una manera muy desigual los diversos sectores y ámbitos de la actividad económica, y alcanzó con distinta intensidad a las diferentes regiones del país.

El propósito de este artículo es realizar un primer acercamiento al impacto de la Revolución mexicana sobre un ámbito específico de la vida económica del país: el comercio exterior. Hasta el momento pocos estudios se han ocupado sistemáticamente de este aspecto, debido sobre todo a la escasez de información cuantitativa confiable de procedencia mexicana. Para subsanar esta carencia, en este trabajo se hace uso de las fuentes oficiales de los principales socios comerciales de México, que nos permiten seguir las tendencias cuantitativas, los patrones de intercambio y la composición del comercio a lo largo de la década revolucionaria. Ciertamente, la información que proveen las estadísticas comerciales de los socios más importantes de México es también incompleta para los

años de la primera Guerra Mundial. Sin embargo, su consistencia y uniformidad en el largo plazo, así como el detalle con que se registran los intercambios, hacen que estas estadísticas sean probablemente la fuente más rica y confiable para el estudio del comercio internacional de México en este periodo. Este tipo de fuentes representa, al menos, una ventaja sustancial respecto a la información cuantitativa que generalmente ofrecen los estudios sobre la Revolución mexicana que se ocupan en alguna medida del comercio exterior. Con frecuencia esta información es incidental o fragmentaria, y cuando es más detallada posee la desventaja de proceder de fuentes poco confiables, omitir los años más agudos de la guerra o presentarse en pesos mexicanos, lo que resulta poco conveniente en una época de caos monetario y devaluación. Finalmente, algunos trabajos han empleado las fuentes de los socios comerciales de México para reconstruir series parciales de los intercambios, ya sea con un país, ya de un producto o grupo de productos específicos, pero sin proponerse un estudio sistemático del comercio exterior. Este artículo se propone utilizar las estadísticas oficiales de los principales socios comerciales tanto para estimar las series anuales del comercio como para analizar los cambios en su composición a lo largo de la década. Debido a las dificultades que ofrece un estudio de este tipo, esta primera aproximación ha debido restringirse a los valores del comercio exterior, dejando para un trabajo posterior la incidencia de los factores de precio y cantidad sobre el valor total de los artículos exportados.

Las hipótesis que guían esta primera aproximación al tema subrayan la idea de una cierta continuidad en los flujos del comercio internacional. Mientras que los volúmenes intercambiados sólo disminuyeron severamente en un par de años para recuperarse con rapidez, los principales cambios tuvieron lugar en la orientación geográfica de los flujos comerciales y, hasta cierto punto, en su composición. En cualquier caso, el mayor impacto recayó sobre el comercio de importación. La estructura de las importaciones sufrió una drástica modificación para adecuarse a las necesidades de la guerra, en tanto la canasta de las exportaciones siguió siendo en gran medida la heredada del porfiriato. En términos generales, el sector exportador continuó operando e incluso se expandió a lo largo de la década, lo cual contradice la idea común de que la canasta exportadora se habría comprimido severamente como consecuencia de la revolución.

La exposición se ha organizado en dos secciones. La primera ofrece una revisión de las aportaciones recientes acerca del impacto de la revolución sobre la economía mexicana como un preámbulo para abordar la evolución cuantitativa y la orientación geográfica del comercio exterior en la década de 1910. En la segunda se analizan las características específicas de estructura y composición del comercio durante el decenio revolucionario. Se estudian primero las exportaciones mexicanas, atendiendo a las continuidades y rupturas respecto al periodo anterior y a algunos de los factores que posibilitaron su notable desempeño durante los años de la guerra civil. En segundo lugar, las importaciones: sus características, su estructura y las modificaciones que ésta sufrió a lo largo de la década. El artículo se cierra con un apartado de conclusiones.

1. **Revolución, economía y comercio exterior**

a. *El impacto económico de la revolución*

Los resultados de la investigación de las últimas décadas han dado la razón a muchas de las hipótesis lanzadas por John Womack hace más de 20 años. Aunque hasta el momento no disponemos de un estudio comprensivo del impacto de la revolución sobre la actividad económica, los estudios y avances parciales en esta dirección muestran que la fuerza destructiva de la guerra civil fue mucho menor de lo que se suponía. En primer lugar, hay un consenso básico en el sentido de que la planta productiva no fue severamente dañada por la contienda. De hecho, la industria orientada a la producción de bienes de consumo operó prácticamente sin interrupción a lo largo de toda la década, y numerosas haciendas y empresas mineras siguieron funcionando dentro de los estreñimientos impuestos por la fragmentación del mercado y el acecho de los ejércitos revolucionarios. Estos últimos, por su parte, no estaban particularmente interesados en la destrucción de las unidades productivas, entre otras cosas porque podían obtener mucho mayor provecho de ellas mientras se encontraran en funcionamiento. Hubo ciertamente acciones de pillaje por parte de algunas facciones rebeldes, y a veces verdaderas oleadas de violencia desatadas por las derrotas militares –como la del ejército villista contra los extranjeros tras el reconocimiento de facto de Estados Unidos a

Carranza a fines de 1915. Pero lo que prevaleció fue una suerte de entendimiento que permitió salvar la mayor parte de los activos físicos a cambio de concesiones a los revolucionarios. Préstamos forzosos o contribuciones de guerra, resguardo y alimento para las tropas, la confiscación y administración temporal de las actividades, e incluso la distribución y venta de sus productos en el mercado regional o en el internacional, eran algunas de las formas en que los revolucionarios solían beneficiarse de las empresas privadas que continuaban operando. Entre ellas, la evidencia indica que las de grandes dimensiones tuvieron una mayor capacidad de supervivencia que las pequeñas, pues éstas disponían de recursos limitados para enfrentar las dificultades de abasto y comercialización, las exigencias de los revolucionarios y los años de baja o nula producción.

Existe un consenso amplio en que los principales efectos inmediatos de la guerra civil fueron la dislocación del sistema de transportes construido durante el porfiriato y el desplome del sistema monetario, y en que ambos fenómenos afectaron seria pero transitoriamente el funcionamiento del mercado interno. Muchas haciendas e industrias suspendieron o disminuyeron su producción debido a las dificultades para abastecerse de insumos en el contexto de un mercado físicamente fragmentado en el que, además, circulaban billetes de las distintas facciones revolucionarias con escaso valor y cuya vigencia se encontraba limitada a la zona de influencia de cada facción. Muchas minas y fundiciones tuvieron que parar temporalmente debido a la escasez de combustible, o a las dificultades para trasladar los minerales a las plantas beneficiadoras y de éstas al mercado. En todo caso, la fractura del sistema de transportes y del sistema monetario nacional tuvieron ciertamente un impacto diferencial sobre las actividades orientadas al mercado interno y a aquéllas que se destinaban a la exportación. Así por ejemplo, la producción agrícola de bienes de consumo fue afectada durante estos años no sólo por circunstancias climáticas adversas, por el abandono de algunas propiedades y el pillaje de bandas rebeldes, sino también por las dificultades para comercializar los artículos en el mercado, por el acaparamiento y la especulación con los productos básicos, asimismo a los pactos entre comerciantes y generales para beneficiarse de la miseria rampante. En cambio, actividades agrícolas orientadas a la exportación (como el henequén y el café) mostraron un desempeño notable en la década revolucionaria, atribuible no sólo a la demanda internacional, sino también a su localización periférica en el territorio nacional, que las preservó de los daños de la guerra civil y de la necesidad de recurrir a los medios de transporte interior para alcanzar su destino. En este sentido, el trato preferencial que los revolucionarios otorgaron casi siempre a las empresas extranjeras (o a las orientadas al mercado exterior) favoreció sin duda la continuidad en la producción. Ello no significa, por supuesto, que su auge en estos años no hubiera rendido frutos significativos a los ejércitos revolucionarios, contribuyendo incluso a inclinar la balanza en favor de uno u otro en algunos momentos decisivos.

A partir de los avances realizados hasta ahora, cualquier balance sobre el impacto económico de la revolución debe tener en cuenta el carácter diferencial de sus efectos. Por un lado, los hechos de guerra afectaron desigualmente a las distintas regiones del país, y lo hicieron en forma diferenciada a lo largo de la década. Mientras el norte y el centro fueron escenarios casi permanentes de la actividad militar, la guerra tuvo un alcance limitado en los estados del sur (Oaxaca y Chiapas) y apenas llegó –"desde afuera", como diría un estudioso de la región– al extremo oriente del territorio (la península de Yucatán). Por otro lado, las actividades ligadas a pequeños mercados de alcance local o regional probablemente sufrieron menos por las condiciones de guerra que las vinculadas al mercado nacional, debido a las dificultades de suministro y comercialización ocasionadas por la fractura del sistema de transportes. Por último, como se ha dicho ya, las actividades orientadas al mercado interno se vieron más severamente afectadas que las de exportación. De ahí la imagen de "archipiélago" que Jean Meyer evoca para describir a la economía mexicana, y de ahí también su conclusión, no exenta de ironía: pese al costo social y psicológico, "una vez ponderadas todas las estadísticas, la revolución no costó realmente cara desde el punto de vista material, no rompió la curva del crecimiento..."

b. *Revolución y comercio exterior: indicadores generales*

En el ámbito del comercio exterior, la imagen que se desprende de la literatura disponible es la de un impacto moderado por varias circunstancias atenuantes y, en algunos aspectos, no necesariamente negativo. De acuerdo con Berta Ulloa:

El impacto de la lucha armada sobre el comercio exterior no fue tan desquiciante como en el interno, y entre 1914 y 1917 el gobierno carrancista

El comercio exterior durante la década revolucionaria: Un acercamiento preliminar

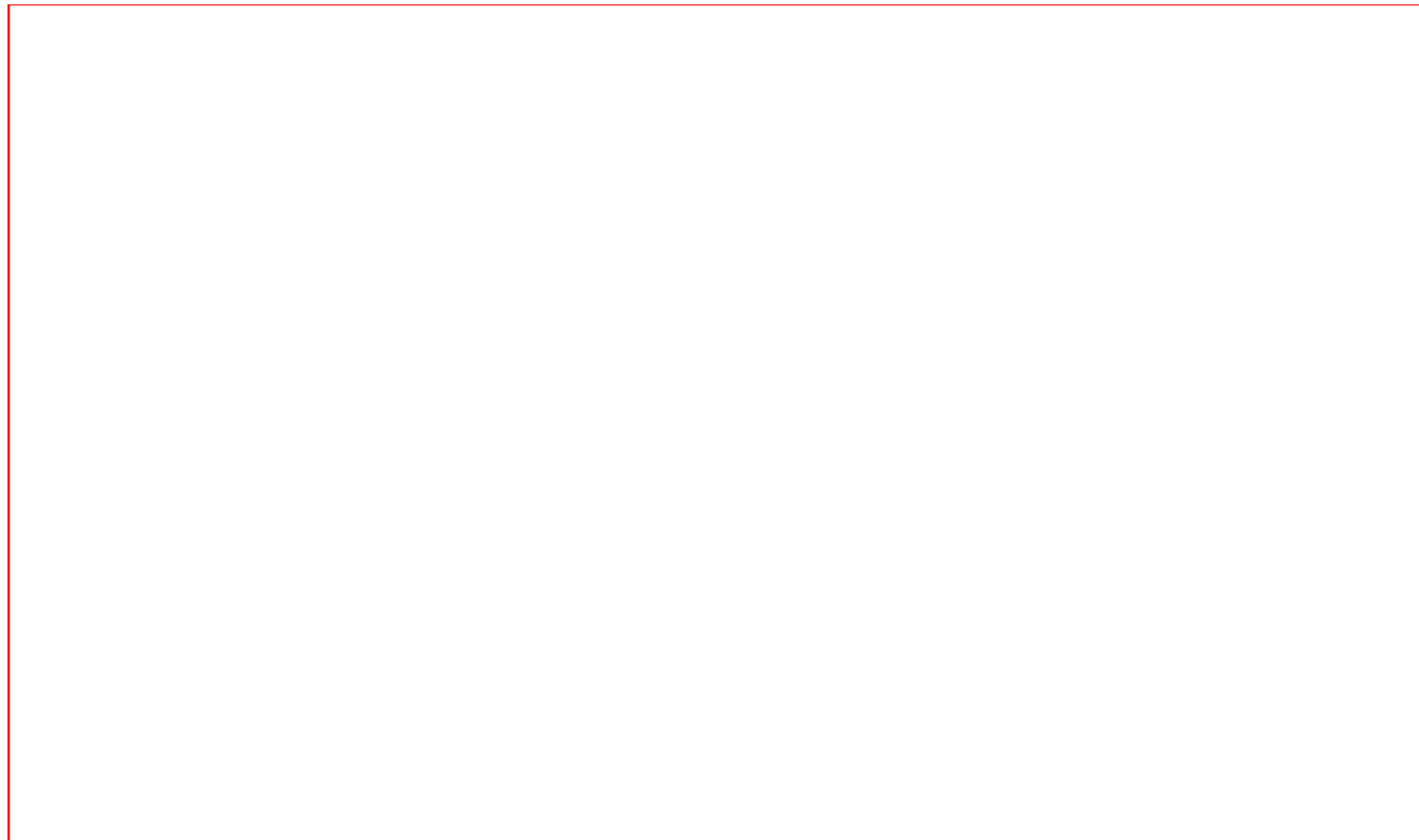
obtuvo una balanza favorable de 791 millones de pesos en oro nacional, por tres causas fundamentales. La primera se debió a que la exportación del petróleo tuvo una demanda continua en los países extranjeros, y a que sus zonas productoras no fueron dañadas durante la revolución. La segunda, a que los bandos en pugna no entorpecieron la labor de las aduanas fronterizas ni marítimas que estuvieron en su poder, tanto por la necesidad que tenían de importar armas y víveres como por la de hacer exportaciones que les dieran divisas para adquirir aquellas dos clases de productos. La tercera se debió a que el comercio exterior se valió de transportes marítimos y no de las comunicaciones ferroviarias.

Aunque la exactitud de las cifras se presta a discusión, es importante rescatar la idea de que, pese al estado de guerra, el intercambio comercial con el exterior mantuvo una continuidad básica, posibilitada por la persistencia de muchas ramas de la actividad y reforzada por la demanda internacional. Una imagen más precisa de esta evolución se ofrece en la gráfica 1, que presenta series anuales del valor del comercio de mercancías en la década de 1910, estimadas a partir de los registros estadísticos de los principales socios comerciales de México.

Gráfica 1

Comercio de mercancías: importaciones y exportaciones, 1910-1920

(Valores nominales fob en millones de dólares)*



Notas: año fiscal hasta 1917; después año natural.

Excluye los flujos de metálico (oro en lingotes y monedas y plata en monedas) desde y hacia el exterior.

* fob = free on board, que excluye los costos de transporte, seguro y comisiones.

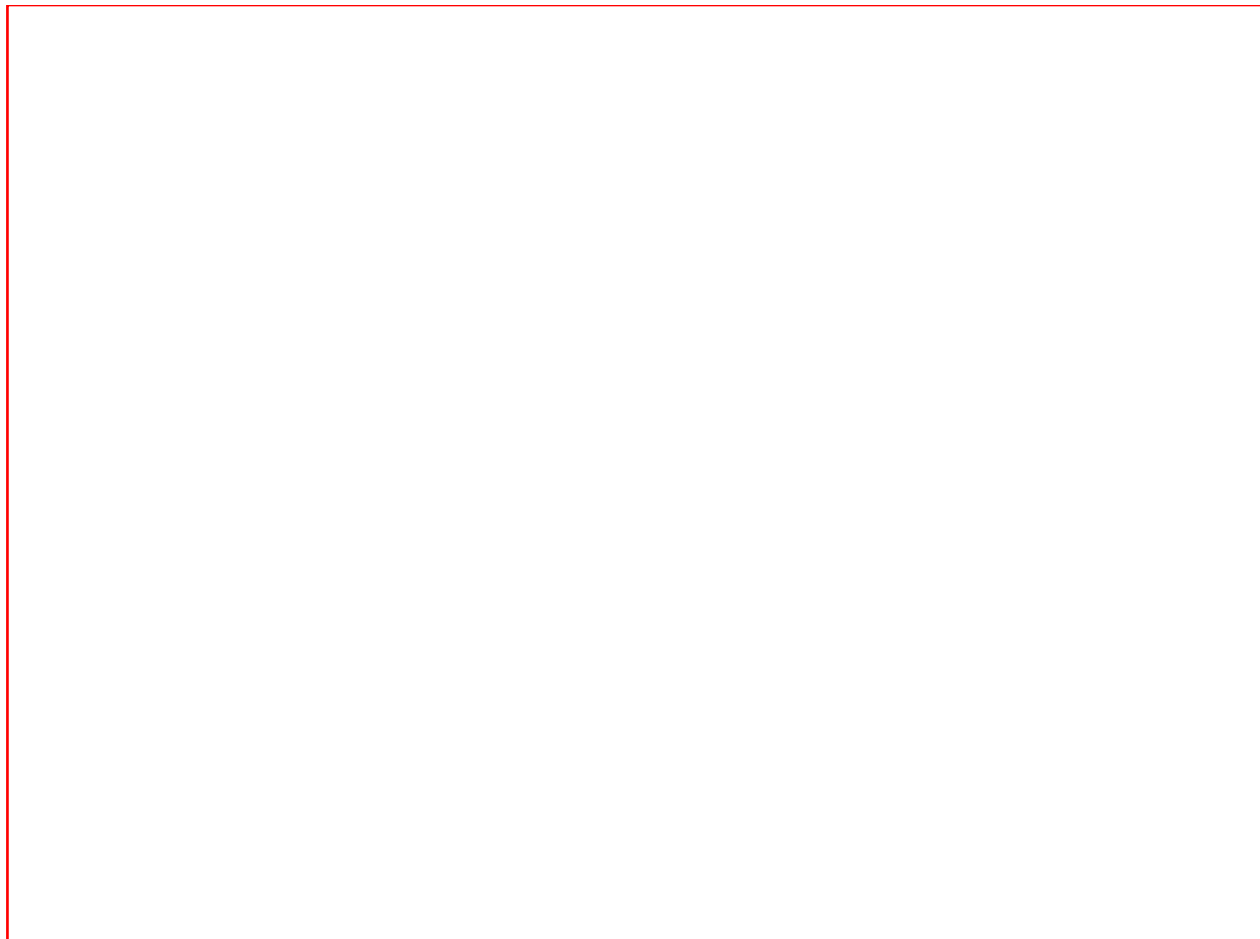
Fuente: Sandra Kuntz Ficker. "Nuevas series del comercio exterior de México, 1870-1929", en Revista de Historia Económica, xx:2 (2002), cuadro 2.

Lo primero que salta a la vista es la acentuada diferencia entre importaciones y exportaciones, que arrojó un saldo positivo para México durante toda la década. Contrariamente a lo que pudiera esperarse, este superávit en la balanza del intercambio mercantil creció en los años más agudos de la guerra civil, al pasar de un promedio de 39 millones de dólares anuales entre 1910 y 1913 a uno de 70 millones entre 1914 y 1916. En los siguientes tres años el superávit alcanzó la espectacular suma de 110 millones de dólares anuales en promedio, para caer a la mitad de esa cifra en 1920. En conjunto, el saldo favorable sumó 300 millones de dólares entre 1914 y 1917, y para todo el decenio alcanzó un total acumulado de más de 700 millones de dólares. Varios factores hicieron posible este resultado. Por un lado, todo parece indicar que el estado de guerra civil generalizada entre 1913 y 1915 afectó mucho más al comercio de importación que a las

ventas en el exterior. El desquiciamiento del sistema de transporte, la disminución en el ritmo de la actividad económica y la escasez de divisas hicieron caer las importaciones a menos de la mitad de su valor en apenas dos años (1912-1914), mientras que las exportaciones siguieron creciendo hasta 1912 y disminuyeron en forma relativamente moderada en los siguientes dos años. Tal parece que este comportamiento inicial fue lo que marcó la brecha posterior entre ambos flujos, puesto que la recuperación de las importaciones fue extraordinariamente rápida desde entonces: de hecho, con excepción del año 1918, a partir de 1915 las importaciones crecieron más rápido que las exportaciones, lo que por lo pronto hizo descender el superávit comercial de 109 a 56 millones de dólares entre 1919 y 1920. Esto sucedió pese a que las exportaciones tuvieron un desempeño notable prácticamente desde que iniciaron su recuperación en 1915 hasta el final de la década.

Las cifras anteriores corresponden al intercambio de mercancías entre México y el exterior. Es interesante observar, por otra parte, cómo evolucionaron las transferencias de metálico, es decir, los movimientos de oro en lingotes y moneda y de monedas de plata. Una estimación del valor anual de estos flujos se presenta en la gráfica 2.

Gráfica 2



Transferencias de metálico, 1910-1920

(valores nominales fob en millones de dólares)

Notas: años fiscal hasta 1917; después, año natural.

Comprende oro en lingotes y monedas y monedas de plata.

Fuente: Idem.

Como todo periodo de inestabilidad, los primeros años de la revolución se caracterizaron por una fuga de capital de dimensiones considerables: en apenas tres años (1910 a 1912) las salidas de especie acumularon unos 80 millones de dólares, la mayor parte bajo la forma de lingotes de oro. Estas transferencias al exterior disminuyeron drásticamente a partir de 1913 y se mantuvieron por debajo de los 10 millones de dólares anuales hasta el final de la década. En cambio, a partir de 1916 cobraron significación las importaciones de especie, que promediaron 16 millones de dólares anuales entre 1917 y 1920. Dos razones explican el que México se haya convertido en estos años en un importador neto de metálico: en un primer momento el gobierno importó oro en un esfuerzo por estabilizar la moneda a mediados de 1916; más tarde continuó esas adquisiciones con el fin de paliar la escasez de circulante en el mercado interno, que al parecer persistió hasta principios de la siguiente década.

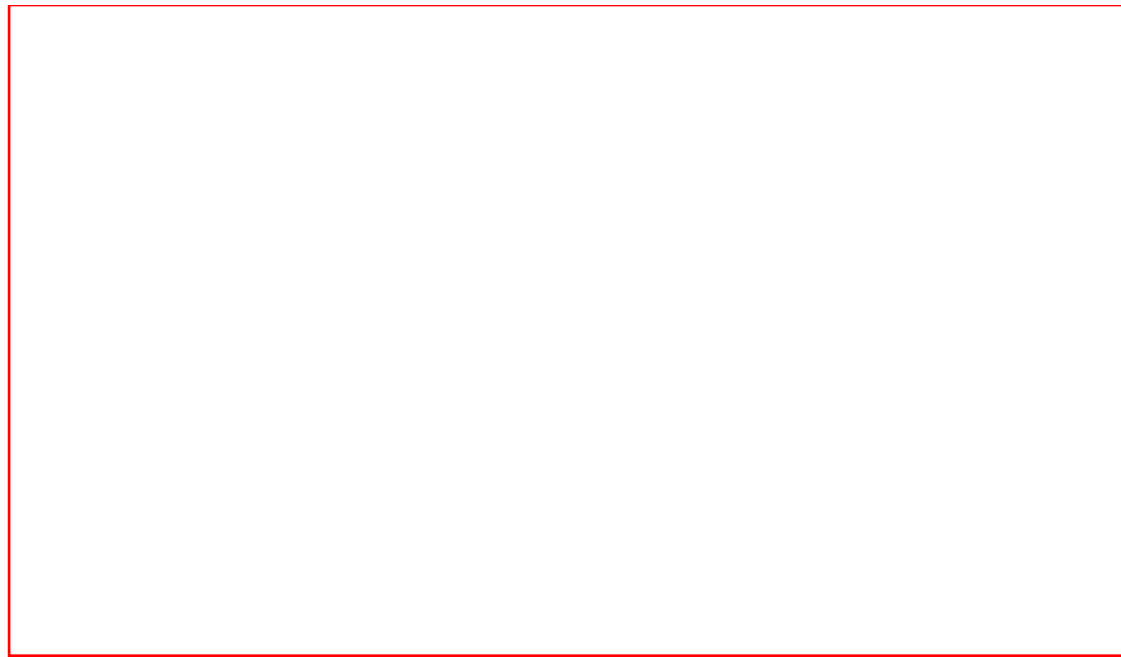
Uno de los cambios más importantes en el comercio exterior de México durante los años de 1910 tuvo lugar en su orientación geográfica, y consistió en una pronunciada concentración del comercio en un socio dominante: Estados Unidos. Este fenómeno fue en parte el resultado de las condiciones impuestas por la revolución, que incluyeron la disrupción de los canales y pautas tradicionales de intercambio y la intensificación del tráfico fronterizo, legal e ilegal. Pero fue también una consecuencia del estallido de la primera Guerra Mundial en Europa, que afectó de varias maneras al comercio internacional: modificó las prioridades y las necesidades comerciales de los países participantes, entorpeció seriamente el tráfico a través del Atlántico y dificultó el intercambio de los países involucrados, particularmente en la Europa continental, con el exterior. Las gráficas que llevan el número 3 ilustran las dimensiones de la presencia estadounidense en el comercio total de México en la década de 1910.

Gráfica 3

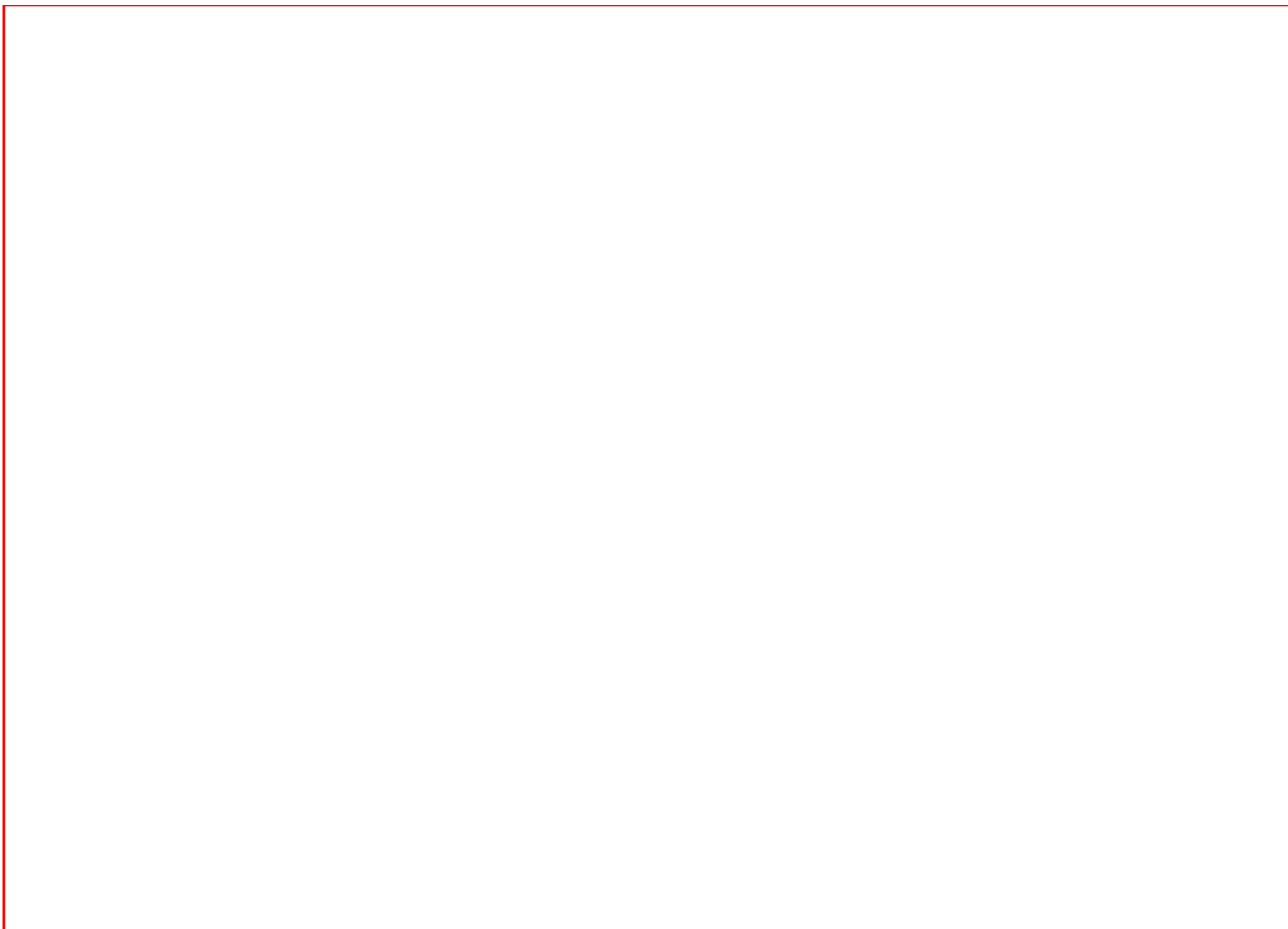
Participación de Estados Unidos en el comercio exterior de México, 1910-1920

(Porcentaje)

A. Importaciones



B. Exportaciones



Fuente: Sandra Kuntz Ficker, "Nuevas series...", art. cit., y

"El comercio México-Estados Unidos: reconstrucción estadística y tendencias generales", en *Mexican Studies / Estudios Mexicanos*, invierno, 2001.

Como se observa en las gráficas, Estados Unidos había concentrado una proporción muy alta de las exportaciones mexicanas desde antes del estallido de la revolución, con casi 80 por ciento de su valor total. Esta participación se acentuó todavía más entre 1913 y 1918, cuando más de 85 por ciento de las ventas en el exterior se dirigieron a ese país, que se convirtió en el gran distribuidor en el marco de la economía mundial. En contraste, México había mantenido un abanico mucho más amplio de proveedores para su comercio de importación, y ese abanico no se vio disminuido tras el inicio de la guerra civil. De hecho, en 1913 la mitad de las importaciones mexicanas provenían de socios comerciales distintos al vecino del norte. Como sucedía desde que se estableció este patrón del comercio de importación en la década de 1890, los artículos que México no adquiría de Estados Unidos provenían en su inmensa mayoría de Europa. En vísperas de la revolución el equilibrio entre los socios europeos se había modificado un tanto (cuando Alemania rivalizó crecientemente con Gran Bretaña como el principal abastecedor europeo del mercado mexicano) manteniendo a Francia en un cercano tercer lugar. Más allá de los cambios en este equilibrio intraeuropeo, el hecho de que sólo a partir de 1914 se verificara el salto por el cual 80 por ciento o más de las importaciones se concentraron en Estados Unidos, sugiere que este fenómeno debe atribuirse en medida importante al estallido de la primera Guerra Mundial. La gran guerra produjo una caída en las exportaciones europeas no sólo porque implicó una reasignación de recursos en beneficio de la industria del armamento, sino porque la guerra submarina y la utilización militar del transporte marítimo aisló virtualmente a Europa de los mercados de ultramar. Por lo demás, hasta donde las cifras disponibles permiten afirmarlo, esta concentración de las importaciones en Estados Unidos alcanzó su máximo nivel en 1916, y se revirtió sólo lenta y parcialmente hacia el fin de la década. Así pues, el efecto combinado de la guerra civil en el interior y la guerra mundial en Europa fue el de producir una severa acentuación en la dependencia

comercial de México respecto a su socio principal en el mercado internacional.

El segundo cambio significativo que tuvo lugar en el comercio exterior de México durante la década revolucionaria fue el de su composición, que se analiza en la siguiente sección.

1. La estructura del comercio exterior en la década de 1910

a. *Lo que México vendía*

El perfil exportador de la economía mexicana se había configurado sobre todo a partir de la década de 1890, en virtud del desarrollo de la minería nortea y de la explotación de minerales industriales (cobre, plomo) que se sumaron a las tradicionales ventas de metales preciosos. Junto a estos productos se desarrolló con éxito la exportación de algunos cultivos tropicales y plantas fibrosas, particularmente el café, el henequén, y en menor medida el caucho, el ixtle y el guayule. Estos cultivos desplazaron progresivamente a los tintes, la vainilla y las maderas preciosas como los principales productos no minerales de exportación. El ganado en pie y artículos derivados, como las pieles y los cueros, complementaban la canasta exportadora del país en vísperas de la revolución.

La visión más difundida acerca del impacto de la revolución sobre las exportaciones ha puesto énfasis en el auge petrolero y la caída de la producción minera, y en consecuencia, ha contribuido a crear la imagen de una simplificación, a veces extrema, de la canasta exportadora mexicana. Así, por ejemplo, aunque se reconoce que durante algunos años se fomentó la exportación de plátano, raíz de zacatón, ixtle y henequén, se apunta al mismo tiempo que las exportaciones "consistieron básicamente en la del petróleo". En forma aún más contundente, Leopoldo Solís afirma:

...las exportaciones de productos agropecuarios y mineros descendieron de 31.6% y 5.2% del total, en 1910-1911, a 3.3% y 0.1% en 1920; mientras tanto las exportaciones del sector petróleo pasaron de 0.2 millones de pesos en 1910-1911 a 516.8 millones en 1920, que representaron 60.4% de las exportaciones totales. Fue hasta 1923 cuando la minería recuperó el valor producido en 1910. En cambio, de 1910 a 1921 el petróleo tuvo un crecimiento extraordinario, 43% anual.

Estas cifras presentan un doble problema: por un lado, son de muy dudosa precisión y confiabilidad; por el otro, proyectan la imagen de una evolución lineal en la cual el sector exportador se habría ido deteriorando progresivamente a lo largo de la década de 1910, reduciendo al mínimo la presencia de actividades otrora importantes, como la minería y la agricultura, e hipertrofiando la del sector petrolero. Lo que sucedió en el decenio de la revolución, sin embargo, dista mucho de obedecer a esta dinámica lineal, y tampoco se puede describir simplemente como un estrechamiento progresivo de la base exportadora mexicana.

En cambio, me parece posible identificar tres fases en la evolución de las exportaciones de mercancías (por valor) a lo largo de este decenio. La primera, entre 1910 y 1914, se caracterizó por un crecimiento notable de las exportaciones agrícolas que en parte contrarrestó la disminución en las de productos minerales (no petroleros). La segunda, de 1915 a 1918, registra un comportamiento más fluctuante en las ventas de bienes agrícolas que contrasta con una recuperación espectacular de las minerales. La tercera, que se inició en 1918 y continuó hasta los primeros años de la siguiente década, posee como rasgo fundamental un auge sin precedentes en las exportaciones petroleras, acompañado por un desempeño irregular de las de origen agrícola y minero. Más que describir la evolución de cada rubro del comercio a lo largo de la década, vale la pena ahondar en los rasgos más sobresalientes de cada una de estas fases.

El cuadro 1 presenta el valor y la participación porcentual de los principales rubros de las exportaciones mexicanas a sus principales socios comerciales entre 1910 y 1914. Con ligeras modificaciones, entre 1910 y 1912 el cuadro refleja la composición de la base exportadora característica del porfiriato. El único cambio de alguna significación está representado por la aparición de las exportaciones petroleras, con un crecimiento notable entre 1910 y 1912 pero una participación más bien modesta en el valor total de las exportaciones (6% en el último año). Aunque las ventas de petróleo aumentaron al siguiente año, su presencia relativa siguió siendo secundaria, con 11 por ciento del total en 1914. En cambio, las exportaciones agrícolas y ganaderas crecieron considerablemente en 1913 y se mantuvieron al año siguiente, contrarrestando en buena medida la caída en las ventas de minerales, moderada en 1913 y muy severa en el siguiente año. En conjunto, las exportaciones agropecuarias, que habían representado 31 por ciento del total en 1910, alcanzaron en 1913 y 1914 una participación inédita en las ventas mexicanas al exterior, aportando en promedio 50 por ciento de su valor total.

Cuadro 1

Canasta de exportaciones mexicanas de mercancías a los principales socios comerciales, 1910-1914

(Valores fob en dólares corrientes y participación en el total)

	1910	% sobre el total	1911	% sobre el total	1913	% sobre el total	1914	% sobre el total
	valor		valor		valor		valor	
Agrícolas	29,491,858	24	30,523,447	23	43,270,254	33	40,573,105	38
Ganaderos	7,681,315	6	10,571,347	8	17,410,466	13	16,826,296	16
Forestales	1,013,215	1	661,057	1	290,837	0	794,913	1
Minerales (excepto petróleo)	56,548,178	46	62,442,511	48	42,156,633	32	26,463,813	25
Petróleo y derivados (total)	284,565	0	2,173,097	2	12,921,307	10	12,079,948	11
suma muestra	95,019,131	78	106,371,458	82	116,049,497	89	96,738,075	90
total	122,471,624	100	129,995,214	100	130,334,305	100	107,977,018	100

Nota: elaboración propia a partir de una muestra de los principales productos exportados, que se agruparon luego para su presentación.

Fuentes: la muestra de productos se obtuvo de las estadísticas oficiales de los principales socios comerciales de México, enlistadas en la nota 5 del texto. El valor total de las exportaciones se tomó de Kuntz Ficker. "Nuevas series...", art. cit., cuadro 2.

Como en el porfiriato, las exportaciones agrícolas se formaban básicamente de fibras (henequén, ixtle) y café, además de otros productos que tuvieron en estos años una participación menor o una presencia transitoria (caucho, guayule, vainilla, azúcar, garbanzo, algodón). La guerra provocó cambios en la orientación de algunos cultivos, de manera que, por ejemplo, en 1913 y 1914 la cosecha de algodón, tradicionalmente orientada al mercado interno, se destinó en su mayor parte a la exportación. Otras exportaciones de menor cuantía cobraron cierto auge debido al incentivo de los altos precios internacionales y, paradójicamente, al declive de las regiones productoras tradicionales, afectadas por la revolución. Este fue el caso del azúcar, cuyas ventas en el exterior se duplicaron en valor (con respecto a 1910) en 1912 y nuevamente en 1914, gracias en parte al auge de la producción en las regiones del valle de Sinaloa, poco afectadas por la guerra.

De una manera más consistente (y con una participación mucho mayor), dos artículos explican el notable desempeño de las exportaciones durante esta primera fase: el café y el henequén, dos productos típicos de la canasta porfiriana. El primero incrementó su aportación al valor total de las exportaciones de 3 a 8 por ciento entre 1910 y 1914, en tanto el segundo lo hizo de 10 a 19 por ciento en el mismo lapso. Aunque podemos suponer que el factor precio incidió favorablemente en los dos casos, es muy probable que la localización periférica de ambos cultivos sea crucial para explicar la continuidad de su producción y de sus ventas al exterior.

Más llamativo aún resulta el auge de las exportaciones ganaderas, que duplicaron su valor y casi triplicaron su participación en el total entre 1910 y 1914. Aunque al principio de la década éstas se configuraban básicamente por pieles y cueros (5 millones de dólares, frente a 2.5 de ganado en pie), las ventas de ganado aumentaron aceleradamente hasta rebasar a las primeras en 1913. En 1914 México vendió más de ocho millones de dólares de animales vivos y otro tanto de pieles y cueros, para contribuir en conjunto con 16 por ciento del valor total de las exportaciones en ese año. Como se puede presumir, este comercio se orientó fundamentalmente a Estados Unidos, aunque al principio de la década pequeñas cantidades de pieles se exportaron a Francia. Ahora bien, este desempeño es mucho menos el reflejo de un auge en la producción ganadera que el resultado del sometimiento del sector a las condiciones de guerra.

Aunque la práctica de adquirir o confiscar ganado para su exportación se inició en algunas zonas desde la revolución maderista, ésta cobró su mayor auge durante la lucha contra el régimen de Huerta. Ya en abril de 1913 el gobernador interino de Sonora, Ignacio Pesqueira, había llegado "a la conclusión de que la exportación de ganado era el medio «más práctico y de pronta realización» para obtener dinero en efectivo." Impulsado por esa convicción, impuso a los ganaderos cuotas de venta obligatoria de ganado a su gobierno y confiscaciones a los hacendados ausentes del estado, medidas a las que pronto se sumó la intervención de bienes de propietarios ausentes. Por estas vías los revolucionarios se apropiaban los hatos ganaderos que les permitían obtener dinero metálico para adquirir armas y municiones en la frontera.

Naturalmente, los sonorenses no eran los únicos que explotaban las existencias ganaderas de la región norteña. Acaso con procedimientos menos legalistas, Villa se apropiaba del ganado y de las cosechas de algodón e ixtle en las zonas bajo su control para traficarlos a cambio de armas y ropa para sus tropas. El propio Carranza admitía años más tarde que "en un principio de la campaña no fue posible tener otros ingresos en metálico que los que nos proporcionaban las exportaciones de ganado y metales, que se hacían por las aduanas que se encontraban en nuestro poder". Estas exportaciones no se realizaban desde una racionalidad económica, sino en el marco de los imperativos de la guerra: una lógica que no contemplaba, naturalmente, las necesidades de reinversión o de reproducción de los hatos ganaderos en el mediano plazo. No sería extraño, por ello, que en el boom aparente de estos días se encontrara el origen de la decadencia de esta actividad tan sólo unos años más tarde.

Como se dijo antes, el aumento en las exportaciones agrícolas y ganaderas durante esta primera fase compensó en parte el declive en las exportaciones mineras tradicionales (cobre, plomo, plata, oro), que fue moderado hasta 1913 y muy pronunciado en 1914 (véase cuadro 1). Como se ha demostrado en

los estudios sobre el tema, el impacto de la revolución sobre las actividades mineras fue muy desigual para los distintos productos y regiones tanto en grado como en duración. Aunque la explotación se vio afectada en muchos lugares por huelgas o paros temporales, por la disrupción del sistema ferroviario y la escasez de insumos, la producción del sector nunca se paralizó por completo. Por regla general, los revolucionarios se abstuvieron de interferir en la continuidad de las explotaciones, y a lo sumo obtuvieron de los propietarios recursos monetarios o abastecimiento para sus tropas. El mayor impacto tuvo lugar sin duda después de la caída de Francisco I. Madero, cuando al embargo de dinamita decretado por el gobierno de Estados Unidos se sumó el asedio de los ejércitos revolucionarios sobre los campos mineros. Usualmente las pequeñas empresas sufrieron en mayor medida que las grandes corporaciones, pues no pudieron resistir la caída temporal en las utilidades o la interrupción transitoria de operaciones. Las investigaciones sobre esta materia subrayan que entre 1913 y 1915 la actividad en las minas adquirió un carácter intermitente, y aun cuando los daños materiales no parecen haber sido de consideración, la producción disminuyó de manera notable en aquellos estados que fueron escenario de los hechos de guerra.

En la medida en que la mayor parte de la producción minera se orientaba a la exportación, las cifras presentadas en el cuadro 1 son un buen indicador de la evolución del sector durante estos años. Como se observa en el cuadro, las ventas de los principales productos minerales disminuyeron por primera vez de manera notable en 1913, de 58 a 42 millones de dólares, para caer en 1914 hasta 26 millones de dólares. Sin embargo, la recuperación tuvo lugar a partir de 1915, y este fenómeno da inicio a la segunda fase, cuya evolución se ilustra en el cuadro 2.

Cuadro 2

Canasta de exportaciones mexicanas de mercancías a los principales socios comerciales, 1915-1918

(Valores fob en dólares corrientes y participación en el total)

	1915	% sobre el total	1916	% sobre el total	1917	% sobre el total
	valor		valor		valor	
Agrícolas	41,117,751	31	39,422,948	26	63,873,741	31
Ganaderos	13,164,209	10	14,645,365	10	9,343,079	5
Forestales	253,481	0	108,120	0	0	0
Minerales (excepto petróleo)	46,936,304	35	58,928,678	40	81,312,948	40
Petróleo y derivados (total)	16,696,097	13	21,670,990	15	31,751,102	16
suma muestra	118,167,841	89	134,776,100	91	186,280,870	91
total	132,792,319	100	148,767,106	100	204,649,600	100

Nota: elaboración propia a partir de una muestra de los principales productos exportados, que se agruparon luego para su presentación.

Fuentes: la muestra de productos se obtuvo de las estadísticas oficiales de los principales socios comerciales de México, enlistadas en la nota 5 del texto. El valor total de las exportaciones se tomó de Kuntz Ficker. "Nuevas series...", art. cit., cuadro 2.

En 1915 el valor total de las exportaciones exhibe ya una mejoría respecto a la caída de 1914, superando incluso el nivel de 1913 (véase cuadro 1). Ello ocurrió pese a que las exportaciones de bienes agrícolas apenas aumentaron ligeramente y las ganaderas disminuyeron respecto al año anterior. Las ventas de petróleo se incrementaron moderadamente a partir de este año, pero no al punto de provocar que se recobrará el valor total y ni siquiera aumentara significativamente su participación en la canasta exportadora. El rasgo característico de esta pronta recuperación lo constituye, pues, un aumento temprano y muy considerable en el valor de las exportaciones de productos minerales no petroleros, hecho que no ha sido suficientemente valorado en la literatura sobre el tema. Esta mejoría continuó en los siguientes años, actuando como el motor en el crecimiento de las exportaciones hasta 1918. En este año el valor de las exportaciones minerales rebasó los 100 millones de dólares, cifra récord que prácticamente duplicaba el máximo alcanzado durante el porfiriato.

Entre los factores que explican esta rehabilitación temprana de la industria minera y sus altos niveles de desempeño aun en el marco de guerra civil generalizada se encuentran la regionalización y relativa diversificación de las actividades mineras, la vinculación directa de algunos yacimientos con el mercado internacional y el auge de los precios internacionales en la coyuntura de la guerra mundial. La regionalización hizo posible cierta continuidad en los niveles de explotación a nivel nacional pese a la interrupción temporal de la actividad en localidades específicas. Así, por ejemplo, aunque la producción de cobre se redujo durante algunos años, Baja California se mantuvo prácticamente al margen de la contienda, e incluso Cananea, que padeciera por muchos años la presencia de los revolucionarios, fue capaz de responder a la demanda internacional con una producción récord de 62 millones de libras en 1916. La diversificación del sector minero permitió mantener niveles aceptables de desempeño global incluso cuando la producción de algún artículo se desplomaba. Así, mientras las exportaciones de cobre llegaron a su punto más bajo en 1914 (con apenas 5 millones de dólares), las de plata lo alcanzaron en 1916, pero para entonces las ventas de cobre se habían recuperado con creces, sumando más de 30 millones de dólares. Para 1917 prácticamente todos los rubros de la exportación minera, incluidos no sólo el cobre y la plata sino también el plomo y el oro, aunque exceptuando el zinc, se encontraban en franco ascenso, que en algunos casos cesó al finalizar la guerra mundial. Finalmente, los altos precios provocados por esta contienda representaron un incentivo para mantener abiertas las operaciones pese a las condiciones adversas. Al mismo tiempo, el efecto precio valorizó especialmente la producción de minerales, elevando los márgenes de ganancia y el valor en dólares de las ventas al exterior. El precio del cobre se disparó en 1915 y se mantuvo elevado hasta 1918; el de la plata aumentó continuamente entre 1916 y 1919, aunque siguió siendo alto hasta el siguiente año.

Esta segunda etapa no significó una caída abrupta de las exportaciones agrícolas. Antes bien, tras un estancamiento transitorio en 1915 y 1916, éstas siguieron aumentando (en términos de valor) durante los siguientes tres años (véase cuadro 2). Sin embargo, la presencia que para entonces adquirieron

las exportaciones de minerales las relegaron a un segundo plano: su aportación a las ventas totales disminuyó de 38 por ciento en 1914 a tan sólo 27 por ciento en 1918, pese a que su valor se incrementó en más de 50 por ciento entre esos dos años. En cambio, las exportaciones de productos ganaderos, fruto de condiciones excepcionales impuestas por la dinámica de la guerra, decayeron progresivamente, y su presencia relativa disminuyó de 16 por ciento en 1914 a apenas 4 por ciento del total en 1918.

La tercera y última fase en la evolución de las exportaciones durante la década revolucionaria se empalma con el último año de la fase anterior y abarca el último trienio de esta década. La composición de las ventas mexicanas en el exterior durante estos años se ilustra en el cuadro 3.

Cuadro 3

Canasta de exportaciones mexicanas de mercancías a los principales socios comerciales, 1910-1914

(Valores fob en dólares corrientes y participación en el total)

	1918		1919		1920
	valor	% sobre el total	valor	% sobre el total	valor
Agrícolas	65,874,335	27	70,511,293	28	67,990,634
Ganaderos	8,606,729	4	11,794,296	5	5,743,591
Forestales	0	0	0	0	115,850
Minerales (excepto petróleo)	103,399,515	42	93,895,800	37	87,111,909
Petróleo y derivados (total)	50,420,710	21	53,039,156	21	114,166,727
suma muestra	228,301,289	93	229,240,545	91	275,128,711
total	244,910,235	100	252,750,500	100	303,385,563

Nota: elaboración propia a partir de una muestra de los principales productos exportados, que se agruparon luego para su presentación.

Fuentes: la muestra de productos se obtuvo de las estadísticas oficiales de los principales socios comerciales de México, enlistadas en la nota 5 del texto. El valor total de las exportaciones se tomó de Kuntz Ficker. "Nuevas series...", art. cit., cuadro 2.

Lo que marca el término de la fase anterior y el inicio de ésta es el fin del auge de las exportaciones de productos minerales no petroleros, que coincidió con el fin de la guerra mundial, y el despegue de las exportaciones petroleras. Las primeras alcanzaron su máximo nivel en 1918, y disminuyeron moderadamente hacia el final de la década como resultado de la caída de la demanda externa al concluir la guerra y la consecuente disminución en los precios internacionales. Las segundas, que habían crecido a un ritmo apreciable desde 1916, se habían mantenido, sin embargo, en un plano enteramente secundario durante la segunda fase, muy por debajo de la presencia relativa que entonces alcanzaron tanto los productos minerales como los agrícolas. No obstante, en 1918 las ventas de petróleo en el exterior registraron un crecimiento espectacular, aumentando de 32 a 50 millones de dólares en un solo año, y elevándose a más del doble tan sólo dos años después. En virtud de este desempeño, en 1920 el petróleo pasó de ocupar un lejano tercer lugar en la canasta exportadora (después de los productos agrícolas y minerales) a encabezarla, con 38 por ciento del total de las ventas al exterior.

La significación del auge petrolero ha sido suficientemente enfatizada en la literatura que aborda el periodo revolucionario, e incluso, como he tratado de

mostrar en lo anterior, posiblemente sobrestimada por lo que se refiere a la fase temprana de la guerra civil. Desde que la Mexican Petroleum y El Aguila Oil hicieran importantes descubrimientos en el Golfo en 1911, la explotación se expandió con pocas interrupciones, en buena medida debido a la localización periférica de los yacimientos en el territorio nacional. El impacto de la revolución fue por lo general moderado e indirecto: la imposición de gravámenes crecientes a la producción; la exigencia de recursos a cambio de protección, como la que brindó por varios años Manuel Peláez en las tierras bajas entre Tampico y Tuxpan; las tensiones creadas por las exigencias de Carranza hacia las compañías y por los cambios legales que representaban una amenaza potencial a sus propiedades; los conflictos huelguísticos que estallaron sobre todo en la etapa tardía (entre 1917 y 1919) en los campos de Tampico y Minatitlán. Nada de ello impidió que, al combinarse la caída de la producción rusa y el auge de la mexicana, en 1918 México apareciera como segundo productor mundial de petróleo. Por lo demás, la fase ascendente de las exportaciones petroleras continuó en los primeros años de la siguiente década, contrarrestando la caída de otros rubros de la canasta exportadora (notoriamente, su componente agropecuario) y sosteniendo el desempeño del sector exportador.

b. *Lo que México compraba*

Tal como sucedió con las exportaciones, la estructura de las importaciones mexicanas que encontramos en vísperas de la revolución se perfiló durante el porfiriato. En esos años la canasta de importación pasó de una composición netamente tradicional, en la que los artículos para el consumo suntuario representaban tres cuartas partes del valor total de las importaciones, a una más moderna, en la que los bienes de producción adquirían una presencia mayor. Este tránsito se vio reforzado a fines del siglo xix por un incipiente proceso de sustitución de importaciones, que redujo consistentemente las adquisiciones de ciertos tipos de textiles, cerveza y tabaco, para sólo nombrar a los más destacados. De esta forma, la canasta importadora adquirió progresivamente el perfil característico de las sociedades en proceso de modernización, en las que las importaciones desempeñan el papel de coadyuvar en el desarrollo de la industria y expandir la capacidad productiva del país, así como complementar el abasto interno de bienes de consumo. Precisamente en virtud del papel que el comercio de importación había llegado a desempeñar en la economía mexicana, y del tipo de vinculaciones que había establecido con diversas actividades económicas y con el mercado interno, los disturbios provocados por la revolución lo afectaron con mayor severidad. Como se vio en la primera sección, el valor de las importaciones de mercancías exhibió ya un descenso en 1911 y 1912 con respecto al valor alcanzado en 1910, y este descenso continuó en forma más aguda hasta 1914, cuando las compras en el exterior sumaron apenas 40 por ciento del valor que registraron en 1910 (véase gráfica 1). En términos generales, las importaciones fueron sacudidas por factores muy próximos a los que dañaron al mercado interno, es decir, tanto por la quiebra del sistema monetario y la escasez de divisas como por la disrupción de la red ferroviaria nacional.

Como se vio en otra parte, en los primeros años de la revolución tuvo lugar una fuga de capitales que mermó la disponibilidad de dinero metálico para la circulación interna. Las exportaciones de especie registradas en las estadísticas comerciales rebasaron los 80 millones de dólares en los primeros tres años de la contienda armada (véase gráfica 2). Por cuanto a las fugas de metálico se sumaron el atesoramiento y la desmonetización (incentivada por la diferencia entre el valor nominal y el contenido metálico de las monedas), para el verano de 1913 las monedas de oro y plata prácticamente desaparecieron de la circulación. Tratando de corregir este estado de cosas, Huerta decretó primero un impuesto a las exportaciones de metálico y luego su prohibición, que fue seguida por la prohibición de fundir las monedas de oro y plata. Ninguna de estas medidas aliviaron la situación: "Los entierros de numerario, el atesoramiento y las exportaciones fraudulentas continuaron burlando la ley." En la etapa más aguda de la guerra civil, la acuñación de monedas de oro y plata cesó por completo.

Mientras las transacciones internas se basaban cada vez más en papel moneda fiduciario inconvertible, el metálico seguía siendo indispensable para efectuar compras en el exterior. El gobierno de Huerta pudo satisfacer en parte sus necesidades de divisas recurriendo a las reservas del sistema bancario, y las facciones revolucionarias hicieron lo propio mediante la ocupación de aduanas, la confiscación o el robo de cargamentos de metales, o la imposición de impuestos o préstamos forzosos en especie a los propietarios de minas. Por su parte, a los empresarios vinculados con actividades de exportación, las ventas de sus artículos en el exterior les permitía un acceso directo, aunque limitado por múltiples contingencias, a las divisas que les permitían realizar importaciones. En cambio, mucho más difícil era allegarse recursos metálicos para los industriales o empresarios agrícolas que destinaban su producción al mercado interno. Así, fuera del

sector exportador la capacidad de adquirir bienes en el mercado internacional se transfirió en buena medida a las facciones revolucionarias, en tanto los actores económicos tradicionales vieron transitoriamente restringido su poder de compra en el exterior.

La disrupción del sistema ferroviario perjudicó a las importaciones al menos por dos razones. Primero, porque revirtió el mercado interno a un estado de fragmentación en el cual los movimientos de larga distancia se volvían difíciles, inseguros y costosos. Esta situación afectó por un lado las importaciones de maquinaria e insumos hacia las empresas del interior del país, pero por otro restringió el radio geográfico en el cual podían realizarse los bienes de consumo importados. Segundo, porque el uso militar del equipo y las instalaciones ferroviarias limitaron enormemente su disponibilidad para fines comerciales y politizaron la asignación del escaso equipo existente, que quedó en manos de los jefes de armas. Los empresarios interesados en el traslado de mercancías debían someterse a la dinámica de la guerra, que implicaba tanto acceder a las condiciones de quienes controlaban el transporte ferroviario como asumir los riesgos de pérdida, robo o destrucción de los bienes transportados.

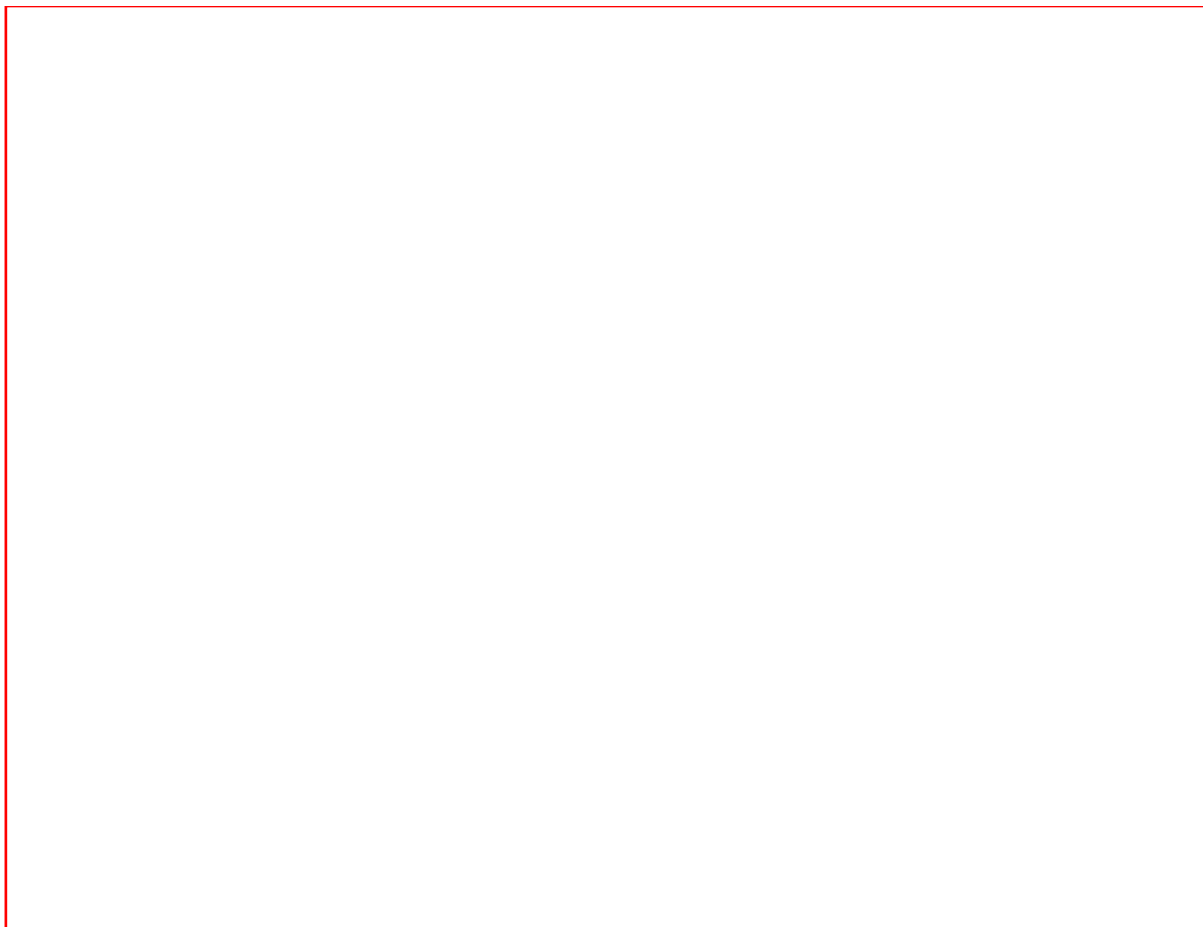
Pero la revolución afectó no sólo el monto de las importaciones, sino también, y de manera notable, su composición. Antes de pasar a su análisis es preciso aclarar que el hecho de que la mezcla de importaciones fuera mucho más compleja y diversificada que la de las exportaciones dificulta la obtención de una muestra que posea una cobertura relativamente amplia y sea por ello representativa del total. La disponibilidad de estadísticas mexicanas completas para algunos años (1910 a 1912, 1918 y 1919) me ha permitido hacer una selección bastante representativa para esos años (de entre 60 y 78% del valor total). Sin embargo, la laguna que presentan las fuentes mexicanas en los años de 1913 a 1916 sólo ha podido ser cubierta con una muestra menos amplia (que representa entre 40 y 53% del total), tomada de las estadísticas de los socios comerciales. El análisis que sigue posee, por tanto, las limitaciones de las estadísticas a que se ha podido acceder hasta el momento, y se basa en el uso complementario de las mejores fuentes disponibles para cada año a lo largo de esta década.

La gráfica 4 presenta una imagen aproximada de la evolución en la estructura de las importaciones a lo largo del decenio.

Gráfica 4

Estructura de las importaciones, 1910-1919

(porcentaje sobre el valor)



Nota: elaborada a partir de una muestra de los principales artículos importados (500 mil dólares o más en alguno de los años considerados). El criterio adoptado implica probablemente cierta sobrerrepresentación de los bienes de producción sobre los de consumo, que sin embargo afecta a todos los años contemplados en la gráfica. Entre 1913 y 1917 las cifras se estimaron a partir de las estadísticas de los socios principales de México.

Fuentes: Boletín de Estadística Fiscal, 1910-11, México, 1911; Anuario de Estadística Fiscal, 1911-12, 1912-13, 1918, 1919, México, 1913, 1914, 1921 y 1922, respectivamente. Para las fuentes de los socios véase nota 5 en el texto.

La gráfica divide los principales artículos de importación entre bienes de consumo y de producción, incluyendo entre los primeros una muestra de alimentos básicos: manteca, textiles de algodón y lana, calzado, así como artículos que en el contexto de la guerra civil probablemente se destinaron a un uso militar: animales vivos (sobre todo caballos), armas y municiones. Los segundos comprenden algodón crudo, hilo de algodón, pieles curtidas, maquinaria, artículos de hierro y acero, carbón, coque y dinamita (aunque los últimos solían ser utilizados también con propósitos militares). Pese a que la división es tosca y meramente indicativa, los resultados son consistentes y sugieren algunos fenómenos interesantes. Por un lado, como ocurrió en otros ámbitos de la vida económica de México, la revolución no afectó visiblemente la estructura básica de las importaciones hasta 1912. En segundo lugar, no obstante el sesgo que la muestra impone a favor de los bienes de producción, los de consumo aparecen con un notable predominio entre 1914 y 1918, llegando hasta 70 por ciento del total muestreado en 1915 y 1916. La tendencia se inicia en 1913 y empieza a revertirse en 1917, para volver a un equilibrio próximo al del punto de partida en 1919.

El elemento crítico detrás de este vuelco fue, como se dijo ya, el sometimiento de una parte de la vida económica a la lógica impuesta por la revolución. Las

importaciones que más sufrieron fueron, entonces, las de bienes de capital, que no sólo implicaban una erogación de recursos escasos en un contexto de riesgo y regionalización económica, sino que resultaban accesorios en momentos en que la industria se veía forzada a operar muy por debajo de su capacidad instalada. Como se observa en el cuadro 4 y en la gráfica 5a, las importaciones de maquinaria y las de artículos de hierro y acero cayeron en forma considerable, y a un ritmo notablemente similar entre 1913 y 1915 se recuperaron lentamente hasta 1918 y sólo al año siguiente recobraron el nivel alcanzado en 1912.

Cuadro 4**Principales artículos de importación, 1910-1919**

	1910	1911	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919
alimentos básicos	6,299,930	3,124,824	2,089,268	1,083,174	3,224,294	7,642,841	#####	11,336,118	13,778,135	10,459,470
principales manufacturas de algodón	4,230,447	5,209,847	5,033,504	5,671,366	3,106,155	4,273,599	7,552,756	12,767,094	8,996,855	7,540,832
principales artículos de calzado	1,363,632	1,491,372	1,720,357	1,259,359	1,172,540	1,388,536	861,161	1,061,333	2,198,836	1,582,384
manteca	1,708,390	1,356,605	1,243,303	475,720	365,024	966,395	2,270,025	1,625,892	4,860,976	2,502,398
algodón crudo	453,895	893,353	1,238,922	2,382,920	1,847,508	1,354,035	470,604	1,520,315	676,711	123,809
carbón y coque	3,315,594	1,970,036	2,382,127	1,735,114	2,204,347	1,606,868	1,807,464	3,136,591	1,284,682	615,421
principales artículos de maquinaria	11,537,620	10,261,768	11,332,506	4,191,224	1,900,785	1,843,260	2,818,923	4,437,828	5,733,181	10,969,082
principales artículos de hierro y acero	10,387,690	9,374,648	10,357,475	4,780,986	1,772,236	1,735,154	2,945,725	4,345,488	4,932,097	12,386,834

dinamita	500,110	472,165	366,738	601,212	280,876	485,231	651,520	1,064,827	1,039,817	1,104,717
caballos y ganado	456,901	497,416	556,112	188,174	141,007	375,737	338,843	402,181	199,289	386,207
armas y cartuchos	0	1,673,683	1,336,985	1,437,353	4,187,418	2,483,282	1,945	39,913	41,987	42,711

Nota: se trata de una selección de los principales artículos dentro de cada categoría (500 mil dólares o más en alguno de los años considerados). En los años 1910 a 1912, 1918 y 1919, se trata de las importaciones totales de esos artículos conforme a las fuentes mexicanas. Entre 1913 y 1917 se trata de las importaciones procedentes de los principales socios, de acuerdo con las fuentes disponibles de cada uno de ellos. Las cifras de "principales manufacturas de algodón" entre 1910 y 1912 se tomaron también de los socios, pues las de fuentes mexicanas son muy inferiores (debido a una subestimación o a un criterio distinto de agrupación).

Fuentes: Boletín... 1910-11; Anuario... 1911-12, 1912-13, 1918, 1919. Para las fuentes de los socios véase nota 5 en el texto.

Este cuadro muestra también el hecho significativo de que las importaciones de algunos insumos para la producción, como el algodón crudo, los productos químicos y el carbón, disminuyeron en mucha menor medida que (y en todo caso siguieron una dinámica distinta a) las de bienes de capital. Este fenómeno es consistente con la imagen de que incluso en los años más agudos de la contienda se mantuvo cierta continuidad en la actividad productiva, tal como han mostrado las investigaciones sobre el tema.

A la vez, como resultado directo de la generalización de la guerra civil y en virtud de esa misma dinámica que transfirió parte de los recursos disponibles de los agentes económicos tradicionales a los jefes de armas revolucionarios, despegaron las importaciones de equipo militar (cuadro 4). Éstas cobraron cierta importancia por primera vez en 1911 y, no por casualidad, alcanzaron su mayor nivel en el momento más álgido de la contienda: en 1914 el valor registrado por las agencias gubernamentales estadounidenses de exportaciones de armas y municiones a México rebasó los cuatro millones de dólares. Estas adquisiciones fueron todavía considerables en 1915 (con 2.5 millones de dólares de ventas legales), pero prácticamente desaparecieron al año siguiente.

Tal parece que las importaciones de armas, cruciales en un país en el que no existía una industria de armamento, estuvieron determinadas no sólo por las necesidades de los ejércitos en pugna, sino en alguna medida por la cambiante disposición del gobierno de Estados Unidos en esta materia. Éste declaró un embargo parcial de pertrechos de guerra a México en 1912, que se volvió general durante la ocupación de Veracruz en 1914. Sin embargo, sus términos y su vigencia eran tan ambiguos (y, al parecer, tan poco respetados en la práctica), que a mediados de 1915 el secretario de Estado norteamericano consultó a su gobierno "si efectivamente existía la prohibición de exportar armas y pertrechos de guerra a México para aplicarla con toda energía, sin hacer ninguna excepción y abarcando todo aquello que en alguna forma se relacionara con la guerra". Sólo el reconocimiento de facto de Carranza condujo a una definición más clara de la situación: en octubre de 1915, Wilson decretó el embargo para los rebeldes al gobierno de Carranza, que se volvió extensivo a toda la frontera norte tras el ataque a Columbus por Pancho Villa (marzo de 1916). Aparentemente la medida surtió por fin efecto, pues a partir de 1916 las importaciones de armas y municiones se volvieron insignificantes.

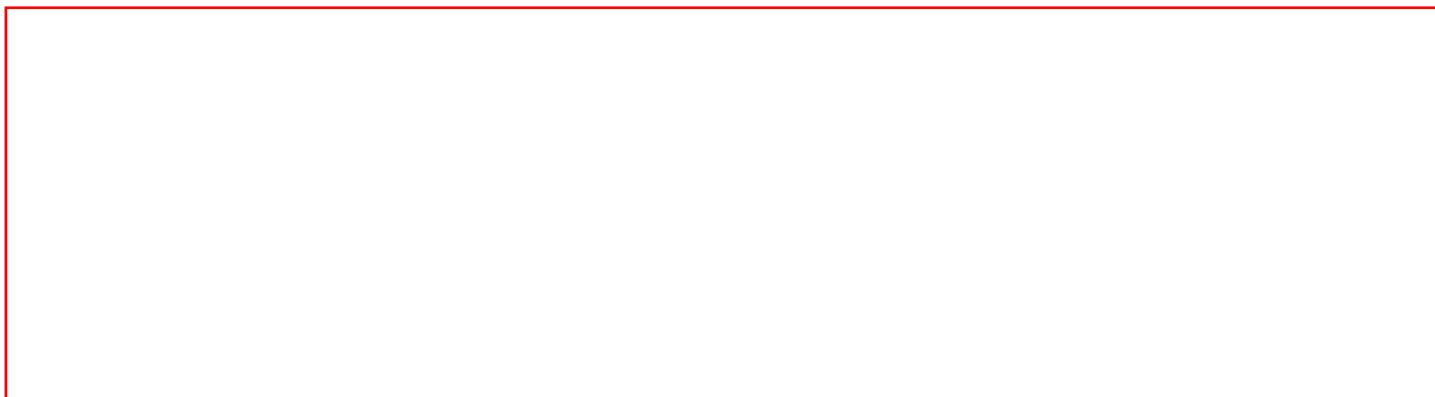
Pero la revolución no sólo consumía material bélico en grandes cantidades. También era necesario vestir y alimentar a los ejércitos y a la población, tarea complicada en el marco de la regionalización, la crisis monetaria, los disturbios en la producción y la militarización de las redes de distribución. El problema del abasto se agudizó por una racha de malos años de lluvia y pérdida de cosechas entre 1913 y 1917, que en algunas regiones creó situaciones cercanas a la hambruna. Así, en estrecha correspondencia con la caída en las importaciones de maquinaria aumentaron las de alimentos básicos (gráfica 5b): destacaron, primero, los artículos más elementales en la dieta común, como maíz, trigo y harina, y luego se sumaron cantidades respetables de azúcar, arroz y hortalizas. Tal parece que el esfuerzo militar condicionó una respuesta algo lenta a las necesidades de abasto, pues mientras que los males de la sequía y de la guerra se dejaban sentir desde 1913, las importaciones de alimentos básicos crecieron relativamente poco en 1914, y sólo en 1915 rebasaron a las de equipo militar y adquirieron dimensiones significativas (gráfica 5b y cuadro 4).

Gráfica 5

Importaciones de artículos seleccionados, 1910-1919

(millones de dólares corrientes)

a . Principales importaciones de maquinaria y artículos de hierro y acero



b . Principales importaciones de alimentos básicos y maquinaria



c . Principales importaciones de alimentos básicos

y manufacturas de algodón



Nota: gráficas elaboradas a partir de una muestra de los principales artículos importados dentro de cada categoría (500 mil dólares o más en alguno de los años considerados). Entre 1913 y 1917 se trata de las importaciones procedentes de los principales socios comerciales.

Fuentes: véase gráfica 4.

Conclusiones

El impacto de la Revolución mexicana sobre el comercio exterior fue limitado, transitorio, y básicamente heterogéneo. La imagen de "desplome" del comercio exterior ha sido reforzada por las cifras de procedencia mexicana, que omiten una buena parte de los intercambios que se realizaron en las aduanas controladas por las distintas facciones rebeldes. Pese a una tendencia moderadamente recesiva en las importaciones desde 1910, la guerra civil no produjo un efecto visible sobre el valor del comercio hasta 1913, y más claramente en 1914. En estos dos años las importaciones registraron una caída severa, tocando fondo en 1914 con apenas 40 por ciento del valor alcanzado en 1910, y las exportaciones una más moderada (de 12% acumulado en esos cuatro años). El descenso de las exportaciones resulta más severo (de alrededor de 25% acumulado), si se incluyen en ellas los flujos de metálico, que en realidad representaban fugas de capital al exterior. En todo caso, ambas dimensiones del intercambio con el exterior iniciaron una rápida recuperación, en términos de valor, en 1915, de manera que el monto de 1910 fue rebasado en 1917 por las importaciones, y tan pronto como en 1915 en el caso de las exportaciones.

El sector exportador fue probablemente el ámbito más exitoso de la actividad económica durante la década de 1910, aunque su dinámica fue fuertemente influida por las condiciones de guerra. Pese a las diferencias de grado y duración en las distintas regiones y ramas de la actividad, las principales exportaciones desarrolladas durante el porfiriato se mantuvieron, con altibajos de diversa magnitud, durante toda la década. El sector en su conjunto se vio favorecido por la circunstancia afortunada de un rápido reemplazo de artículos en declive por otros en repentino auge, que a su vez fueron prontamente sustituidos por los primeros gracias a una rápida recuperación (como ocurrió con las exportaciones agropecuarias y las minerales –no petroleras– en las dos primeras fases del ciclo exportador). La actitud generalmente medida de los revolucionarios respecto a este tipo de actividades creó las condiciones mínimas para cierta continuidad en la producción. Ésta fue incentivada, además, por la coyuntura de la primera Guerra Mundial, que valorizó enormemente la mezcla exportadora mexicana.

Pero además, este desempeño fue posible en buena medida debido a la localización periférica de la mayoría de las actividades exportadoras, situadas en las proximidades de la frontera norte (la minería, el ganado), o de las costas (el café, el petróleo, el henequén). En este terreno, la revolución parece ofrecer una prueba contundente de que el sector exportador no dependía absolutamente de la red ferroviaria interna para su funcionamiento: el quiebre de ésta obstaculizó en alguna medida el abasto de insumos y combustibles para las unidades productivas, pero no su vinculación con los mercados externos.

En parte por esta misma razón, las importaciones sufrieron mucho más profundamente los efectos de la guerra civil. El comercio de importación se había convertido progresivamente en uno de los principales sustentos de la modernización económica, y era ya por tradición complemento importante del abasto interno. Por este motivo, dependía más estrechamente de la red ferroviaria y del funcionamiento de un mercado nacional relativamente integrado. En la medida en que estos dos recibieron el impacto más negativo de la guerra, y en que las divisas disponibles se transfirieron parcial y temporalmente a los actores en pugna, las dimensiones y la composición de las importaciones fueron afectadas de manera drástica. Los imperativos de la contienda armada y la disminución en el ritmo de la producción modificaron la estructura de las importaciones, otorgando una presencia dominante a los bienes de consumo (incluyendo en ellos a los materiales de guerra) frente a los de producción. El fenómeno fue agravado durante algunos años por el desabasto de alimentos, así como por la militarización y el uso político de los medios de transporte y de los canales de distribución, que incrementaron el riesgo de las actividades comerciales. Aunque el valor de las importaciones se recuperó rápidamente, su estructura recobró el perfil que poseía en 1910 tan sólo en los últimos años del decenio.

Este primer acercamiento a la evolución del comercio exterior durante la década revolucionaria contribuye a reforzar la idea de que, en términos generales, el impacto directo de la revolución sobre este sector de la actividad económica fue limitado y transitorio. Sin embargo, hace falta todavía ahondar en aspectos más sutiles del intercambio con el exterior, como la evolución de las cantidades y los precios de los artículos comerciados, las disparidades regionales, el comportamiento de empresas específicas o el papel de la demanda internacional. Sólo entonces podrá emitirse un juicio más acabado sobre el desempeño del sector externo durante la revolución.